

GESEMANI

"Escuchar a Jesús en el que sufre"



"El Amor no es amado"

Enero de 2021

EDITORIAL



Queridos hermanos:

Acabamos de vivir las preciosas fiestas de la Navidad: El Verbo se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios, entre en la gloria del Padre, viva de la vida de Dios.

Jesús ha vuelto a nacer en mí, para que yo vuelva a nacer en Él hoy, ahora, en las circunstancias que tengo en el momento presente. Ha vuelto a nacer en mí para que yo pueda ser recreado en Él, otra vez, a una vida nueva que empieza hoy, ahora. Esta es la gracia de la Navidad: un encuentro nuevo con Cristo Encarnado Vivo hoy, que cambia totalmente mi vida y me lanza a un seguimiento más auténtico del Señor, más serio, de mayor amor y agradecimiento, de más estrecha unión con Él y servicio a los hermanos, según la vocación personal.

La Navidad acaba con el Bautismo del Señor, que nos recuerda que esa vida nueva recreada la hemos recibido de nuestro bautismo que nos ha hecho hijos de Dios, hijos en el Hijo por la entrega hasta el extremo de Jesús en la Cruz. Y esta fiesta precede al tiempo ordinario que, después de haber vivido el encuentro nuevo con Jesús, se convierte en tiempo extraordinario de ese seguimiento nuevo de Cristo, en la vida cotidiana.

Nada es igual porque nosotros somos distintos. Hemos estado en Belén con los pastores, participando del misterio insondable del Amor loco de Dios que se hace Niño por nuestra salvación. Jesús nos ha abrazado de una manera nueva, más estrecha. Con su ternura de recién nacido, con su silencio, con su humildad extrema, nos ha abrazado más en su Amor, nos ha metido más dentro de su Corazón y nuestra vida sencilla ha recobrado un sentido nuevo, de mayor plenitud, de horizontes divinos.

Volvemos a la vida de antes pero no como antes. Deseamos corresponder como nunca al Amor que vino a los suyos y no fue recibido por los suyos, con el ofrecimiento de cada instante de nuestras vidas. Nuestra vida de familia, nuestros trabajos y sufrimientos, nuestro descanso y diversión, nuestra vida de piedad y servicio a los demás...vividos en y con el Corazón de Cristo, se convierten en regalos de amor para Quien lo es Todo y en momentos continuos de encuentro con Él.

Vivir cada nuevo día es comprobar que el Amor de Dios manifestado en el Corazón de Cristo nos envuelve por todas partes y nos abraza; es crecer, a través de las situaciones cotidianas, en el conocimiento amoroso de Jesucristo y dejarnos arrebatados por ese Amor.

Que la Virgen María y San José custodien nuestros corazones para que este nuevo año que comenzamos vivamos con gran confianza en el Amor y para el Amor.

¡¡Feliz y Santo tiempo ordinario!!

Laura Linares

"OS DARÉ PASTORES SEGÚN MI CORAZÓN ..." (Jer. 3, 15)

Queridos hermanos de Getsemaní:

Este mes nuestro itinerario espiritual se detiene en la escucha del Señor. El lema de nuestro retiro es "Escuchar a Jesús; escuchar a Jesús en el que sufre. La casa sobre Roca". El texto que inspira nuestra meditación en este mes es éste:

"Así, todo el que escucha mis palabras y las pone en práctica, puede compararse a un hombre sensato que edificó su casa sobre roca. Cayeron las lluvias, se precipitaron los torrentes, soplaron los vientos y sacudieron la casa; pero ésta no se derrumbó porque estaba construida sobre roca. Al contrario, el que escucha mis palabras y no las practica, puede compararse a un hombre insensato, que edificó su casa sobre arena. Cayeron las lluvias, se precipitaron los torrentes, soplaron los vientos y sacudieron la casa: ésta se derrumbó, y su ruina fue grande" (Mateo 7, 24-27)

Escuchar es oír con atención y con buena disposición lo que alguien nos dice, lo cual implica poner la mente y el corazón en perfecta sintonía con los oídos, para que las ondas que transportan el sonido tengan resonancia en nuestro interior, y las palabras logren ser significativas en la propia vida.

Escuchar las palabras de Jesús es escuchar sus enseñanzas, el Evangelio que vino a traernos de parte de Dios, su Padre y nuestro Padre. Y la escucha implica también, de una manera o de otra, la acción; es decir, hacer realidad, poner por obra, lo que oímos con nuestros oídos, y tuvo eco en el corazón.

Jesucristo es la Palabra de Dios hecha carne de nuestra carne. Sus presencias son múltiples. Todas son reales, pero sólo una es sustancial, la presencia eucarística. Nosotros, en "Getsemaní", hemos recibido una especial sensibilidad eucarística, un amor muy grande a Cristo presente en la Eucaristía; también una sensibilidad especial a su presencia en los jóvenes y en los pobres; también a su presencia en los sacerdotes, que acompañan nuestra vida, y en todos los que sufren. En todas esas realidades palpita el Corazón del Señor y nos habla.

Y el Señor nos ha llamado en fraternidad. Una expresión privilegiada de esa fraternidad, es la propia familia. En ella descubrimos de un modo singular al prójimo, que el Señor nos manda cuidar: el esposo, la esposa, los hijos, nuestros padres y hermanos y todos los primos, tíos, sobrinos, nietos, abuelos... Es la primera fraternidad en la que Jesús nos habla. Pero también el Señor nos ha dado su Iglesia, que tiene "encarnaciones" muy concretas: nuestra diócesis, nuestra parroquia, nuestro Movimiento. A través de estas mediaciones concretas servimos y pertenecemos a la única Iglesia de Cristo. A esta Iglesia, también la escuchamos a través del Papa, al que siempre "Getsemaní" se siente tan vinculado.

Jesús es la Palabra de Dios que, al ser escuchado, nos alimenta y fortalece, haciéndonos crecer y avanzar en nuestra vida cristiana. Las palabras de Jesús, que son palabras de Dios, ponen todo en su lugar, y si las seguimos con prontitud y decisión, impiden que nos desviemos de la ruta que nos ha sido señalada por el Padre. Hasta las situaciones más adversas y dolorosas de la vida pueden tener un sentido y servirnos para nuestra santificación, si las aceptamos y vivimos con Dios en el corazón.

Por el contrario, cuando las enseñanzas del Maestro no han resonado suficientemente en nuestro corazón y no son "performativas", es decir, transformantes para nosotros, cualquier cosa que nos suceda puede hundirnos en la desesperanza y conducirnos al fracaso.

Si algo en nuestra vida no viene de Dios, no es expresión de su Palabra, no será plenamente bueno para nosotros, aunque lo parezca u otros se empeñen en convencernos. Con Él, según su Corazón, hasta lo más sencillo es una promesa, y lo que parece negativo, semilla de bienaventuranza. Nos lo dijo Jesús en esta pequeña parábola, que debe convertirse para nosotros en inspiración y norma de vida. Que con María, volvamos a repetir cada día: "Hágase en mí, según tu Palabra"

Con mi afecto y bendición, vuestro consiliario. Vuestro consiliario, **José Anaya Serrano.**

Letanías a San José.

Señor, ten misericordia de nosotros

Cristo, ten misericordia de nosotros.

Señor, ten misericordia de nosotros.

Cristo óyenos.

Cristo escúchanos.

Dios Padre celestial, ten misericordia de nosotros.

Dios Hijo, Redentor del mundo, ten misericordia de nosotros.

Dios Espíritu Santo, ten misericordia de nosotros.

Santa Trinidad, un solo Dios, ten misericordia de nosotros.

Santa María, ruega por nosotros.

San José, ruega por nosotros.

Ilustre descendiente de David, ruega por nosotros.

Luz de los Patriarcas, ruega por nosotros.

Esposo de la Madre de Dios, ruega por nosotros.

Casto guardián de la Virgen, ruega por nosotros.

Padre nutricio del Hijo de Dios, ruega por nosotros.

Celoso defensor de Cristo, ruega por nosotros.

Jefe de la Sagrada Familia, ruega por nosotros.

José, justísimo, ruega por nosotros.

José, castísimo, ruega por nosotros.

José, prudentísimo, ruega por nosotros.

José, valentísimo, ruega por nosotros.

José, fidelísimo, ruega por nosotros.

Espejo de paciencia, ruega por nosotros.

Amante de la pobreza, ruega por nosotros.

Modelo de trabajadores, ruega por nosotros.

Gloria de la vida doméstica, ruega por nosotros.

Custodio de Vírgenes, ruega por nosotros.

Sostén de las familias, ruega por nosotros.

Consuelo de los desgraciados, ruega por nosotros.

Esperanza de los enfermos, ruega por nosotros.

Patrón de los moribundos, ruega por nosotros.

Terror de los demonios, ruega por nosotros.

Protector de la Santa Iglesia, ruega por nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: escúchanos, Señor,

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: ten misericordia de nosotros.

V.- Le estableció señor de su casa.

R.- Y jefe de toda su hacienda.

Oremos: Oh Dios, que en tu inefable providencia, te dignaste elegir a San José por Esposo de tu Santísima Madre: concédenos, te rogamos, que merezcamos tener por intercesor en el cielo al que veneramos como protector en la tierra. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén

LA PRONTITUD, LA OBEDIENCIA Y LA ABNEGACIÓN DE SAN JOSÉ

Homilía del Cardenal Joseph Ratzinger (SS. Benedicto XVI), en al Oratorio de las Hnas. De la Madre Dolorosa. Roma, 19/03/92

"En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga, y donde Yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará." (Juan 12, 24-26).

Queridos hermanas y hermanos:

Hace poco pude ver en casa de unos amigos una representación de San José que me ha hecho pensar mucho. Es un relieve procedente de un retablo portugués de la época barroca, en el que se muestra la noche de la fuga hacia Egipto. Se ve una tienda abierta, y junto a ella un ángel en postura vertical. Dentro, José, que está durmiendo, pero vestido con la indumentaria de un peregrino, calzado con botas altas como se necesitan para una caminata difícil. Si en primera impresión resulta un tanto ingenuo que el viajero aparezca a la vez como durmiente, pensando más a fondo empezamos a comprender lo que la imagen nos quiere sugerir.

Duerme José, ciertamente, pero a la vez está en disposición de oír la voz del ángel (Mt 2,13ss). Parece desprenderse de la escena lo que el Cantar de los Cantares había proclamado: Yo dormía, pero mi corazón estaba vigilante (Cant 5,2). Reposan los sentidos exteriores, pero el fondo del alma se puede franquear. En esa tienda abierta tenemos una figuración del hombre que, desde lo profundo de sí mismo, puede oír lo que resuena en su interior o se lo diga desde arriba; del hombre cuyo corazón está lo suficientemente abierto como para recibir lo que el Dios vivo y su ángel le comuniquen. En esa profundidad el alma de cualquier hombre se puede encontrar con Dios. Desde ella Dios nos habla a cada uno y se nos muestra cercano.

Sin embargo, la mayoría de las veces nos hallamos invadidos por cuidados, inquietudes, expectativas y deseos de todas clases; tan repletos de imágenes y apremios producidos por el vivir de cada día, que, por mucho que vigilemos externamente, se nos pide la interna vigilancia y, con ella, el sonido de las voces que nos hablan desde lo más íntimo del alma. Ésta se halla tan cargada de cachivaches, y son tantas las murallas elevadas en su interior, que la voz suave del Dios próximo no puede hacerse oír. Con la llegada de la Edad Moderna, los hombres hemos ido dominando cada vez más el mundo, y disponiendo de las cosas a la medida de nuestros deseos; pero estos adelantos en nuestro dominio sobre las cosas, y en el conocimiento de lo que podemos hacer con ellas, ha encogido a la vez nuestra sensibilidad de tal manera, que nuestro universo se ha tornado unidimensional. Estamos dominados por nuestras cosas, por todos los objetos que alcanzan nuestras manos, y que nos sirven de instrumentos para producir otros objetos. En el fondo, no vemos otra cosa que nuestra propia imagen, y estamos incapacitados para oír la voz profunda que, desde la Creación, nos habla también hoy de la bondad y la belleza de Dios.

Ese José que duerme, pero que al mismo tiempo se halla presto para oír lo que resuena por dentro y desde lo alto --porque no es otra cosa lo que acaba de decirnos el Evangelio de este día--, es el hombre en el que se unen el íntimo recogimiento y la prontitud. Desde la tienda abierta de su vida, nos invita a retirarnos un poco del bullicio de los sentidos; a que recuperemos también nosotros el recogimiento; a que sepamos dirigir la mirada hacia el interior y hacia lo alto, para que Dios pueda tocarnos el alma y comunicarle su palabra. La Cuaresma es un tiempo especialmente adecuado para que nos apartemos de los apremios cotidianos, y dirijamos nuevamente nuestros pasos por los caminos del interior.

Pasamos al segundo punto. Ese José que vemos está pronto para erguirse y, como dice el Evangelio, cumplir la voluntad de Dios (Mt 1,24; 2,14). Así toma contacto con el centro de la vida de María, la respuesta que diera Ella en el momento decisivo de su existencia: He aquí la sierva del Señor (Lc 1,38). En él sucede lo mismo con su disposición a levantarse: Aquí tienes a tu siervo. Dispón de mí. Coincide su respuesta con la de Isaías en el instante de recibir el llamamiento: Heme aquí, Señor. Envíame (Is 6,8, en relación con 1 Sam 3,8ss). Esa llamada informará su vida entera en adelante. Pero también hay otro texto de la Escritura que viene aquí a propósito: el anuncio que Jesús hace a Pedro cuando le dice: Te llevarán adonde tú no quieras ir (Jn 21,10). José, con su presteza, lo ha hecho regla de su vida: porque se halla preparado para dejarse conducir, aunque la dirección no sea la que él quiere. Su vida entera es una historia de correspondencias de este tipo.

Comenzó con la primera comunicación de las alturas: la del ángel al darle información sobre el secreto de la maternidad divina de María, el Misterio de la Llegada del Mesías. De improviso, la idea que se había hecho de una vida discreta, sencilla y apacible, resulta trastornada cuando se siente incorporado a la aventura de Dios entre los hombres. Al igual que sucediera en el caso de Moisés ante la zarza ardiente, se ha encontrado cara a cara con un misterio del que le toca ser testigo y copartícipe. Muy pronto ha de saber lo que ello implica: que el nacimiento del Mesías no podrá suceder en Nazaret. Ha de partir para Belén, que es la ciudad de David; pero tampoco será en ella donde suceda: porque los suyos no le acogieron (Jn 1,11). Apunta ya la hora de la Cruz: porque el Señor ha de nacer en las afueras, en un establo. Luego viene, tras la nueva comunicación del ángel, la salida de Egipto, donde ha de correr la suerte de los sin casa y sin patria: refugiados, extranjeros, desarraigados que buscan un lugar donde instalarse con los suyos.

Volverá, pero sin que hayan terminado los peligros. Más tarde sufrirá la dolorosa experiencia de los tres días durante los que Jesús está perdido (Lc 2,46), esos tres días que son como un presagio de los que mediarán entre la Cruz y la Resurrección: días en los que el Señor ha desaparecido y se siente su vacío. Y, al igual que el Resucitado no habrá de retornar para vivir entre los suyos con la familiaridad de aquellos días que se fueron, sino que dice: No quieras retenerme, porque he de subir al Padre, y podrás estar conmigo cuando tú también subas (cfr Jn 20,17), así ahora, cuando Jesús es encontrado en el Templo, reaparece en primer plano el misterio de Jesús en lo que tiene de lejanía, de gravedad y de grandeza. José se siente, en cierto modo, puesto en su sitio por Jesús, pero a la vez encaminado hacia lo alto. Yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre (Lc 2,19). Es como si le dijera: Tú no eres padre mío, sino guardián, que, al recibir la confianza de este oficio, has recibido el encargo de custodiar el misterio de la Encarnación.

Y morirá por fin José sin haber visto manifestarse la misión de Jesús. En su silencio quedarán sepultados todos sus padecimientos y esperanzas. La vida de este hombre no ha sido la del que, pretendiendo realizarse a sí mismo, busca en sí solamente los recursos que necesita para hacer de su vida lo que quiere. Ha sido el hombre que se niega a sí mismo, que se deja llevar adonde no quería. No ha hecho de su vida cosa propia, sino cosa que dar. No se ha guiado por un plan que hubiera concebido su intelecto, y decidido su voluntad, sino que, respondiendo a los deseos de Dios, ha renunciado a su voluntad para entregarse a la de Otro, la voluntad grandiosa del Altísimo. Pero es exactamente en esta íntegra renuncia de sí mismo donde el hombre se descubre.

Porque tal es la verdad: que solamente si sabemos perdernos, si nos damos, podremos encontrarnos. Cuando esto sucede, no es nuestra voluntad quien prevalece, sino ésta del Padre a la que Jesús se sometió: No se haga mi voluntad, sino la tuya (Lc 22,42). Y como entonces se cumple lo que decimos en el Padrenuestro: Hágase tu Voluntad en la tierra como en el cielo, es una parte del Cielo lo

que hay en la tierra, porque en ésta se hace lo mismo que en el Cielo. Por esto San José nos ha enseñado, con su renuncia, con su abandono que en cierto modo adelantaba la imitación de Jesús Crucificado, los caminos de la fidelidad, de la resurrección y de la vida.

Nos queda un tercer aspecto. Mirando a ese José que está vestido como peregrino, comprendemos que, a partir del momento en que supiera del Misterio, su existencia sería la del que está siempre en camino, en un constante peregrinar. Fue así la suya una vida marcada por el signo de Abrahán: porque la Historia de Dios entre los hombres, que es la historia de sus elegidos, comienza con la orden que recibiera el padre de la estirpe: Sal de tu tierra para ser un extranjero (Gen 12,1; Heb 9,8ss). Y por haber sido una réplica de la vida de Abrahán, se nos descubre José como una prefiguración de la existencia del cristiano. Podemos comprobarlo con viveza singular en la primera Carta de san Pedro y en la de Pablo a los Hebreos. Como cristianos que somos --nos dicen los Apóstoles-- debemos considerarnos extranjeros, peregrinos y huéspedes (1 Pet 1,17; 2,11; Heb 13,14): porque nuestra morada, o como dice san Pablo en su Carta a los Filipenses, nuestra ciudadanía está en los Cielos (Phil 3,20).

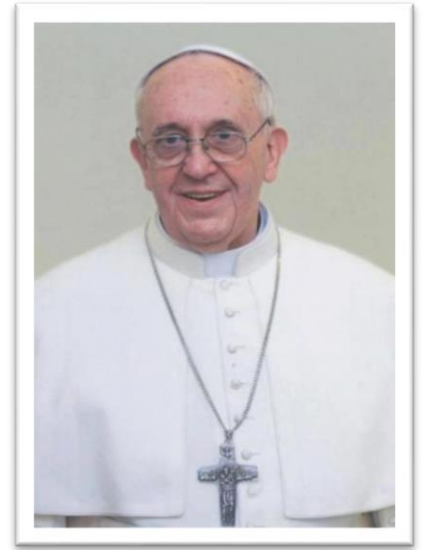
Hoy suenan mal estas palabras sobre el Cielo: porque tendemos a creer que, apartarnos de cumplir nuestros deberes en la tierra, nos enajena de nuestro mundo. Tendemos a creer que nuestra vocación no es solamente hacer un Paraíso de la tierra y en ésta concentrar nuestras miradas, sino a la vez dedicarle por completo el corazón y los esfuerzos de nuestras manos. Pero sucede en la realidad que, al comportarnos de ese modo, lo que estamos haciendo es justamente destrozar la Creación. Ello es así porque, en el fondo, los anhelos del hombre, la saeta de sus ambiciones, apuntan en dirección al infinito. De aquí que, hoy más que nunca, comprobemos que únicamente Dios puede saciar al hombre por completo. Estamos hechos de tal forma, que las cosas finitas nos dejan siempre insatisfechos, porque necesitamos mucho más: necesitamos el Amor inagotable, la Verdad y la Belleza ilimitadas.

Aunque ese anhelo sea insuprimible, podemos, por desgracia desplazarlo de nuestros horizontes, y con ello perseguir las plenitudes buscando únicamente en lo finito. Queriendo tener el Cielo ya en la tierra, esperamos y exigimos todo de ella y de la actual sociedad. Pero, en su intento de extraer de lo finito lo infinito, el hombre pisotea la tierra e imposibilita una ordenada convivencia social con los demás, porque a sus ojos cada uno de los otros aspectos aparece como amenaza u obstáculo; y porque arranca del mundo material y del biológico algunos componentes que necesitaría preservar para sí mismo. Tan sólo cuando aprendamos nuevamente a dirigir nuestras miradas hacia el Cielo, brillará también la tierra con todo su esplendor. Únicamente cuando vivifiquemos las grandes esperanzas de nuestros ánimos con la idea de un eterno estar con Dios, y nos sintamos nuevamente peregrinos hacia la Eternidad, en vez de aherrrojarnos a esta tierra, sólo entonces irradiarán nuestros anhelos hacia este mundo para que tenga también él esperanza y paz.

Por todo ello, demos gracias a Dios en este día porque nos ha dado ese Santo, que nos habla de recogernos en Él; que nos enseña la prontitud, la obediencia, la abnegación y la actitud de los caminantes que se dejan llevar por Dios; y que nos dice por esto mismo la manera de servir igualmente a nuestra tierra. Demos gracias asimismo por esta fiesta jubilar en la que podemos comprobar que sigue habiendo personas con el ánimo abierto a la voluntad de Dios, y preparadas para escuchar sus llamamientos y marchar a su lado hacia donde Él quiera llevarlas.

Imploramos la gracia de lo Alto para que, demostrando también nosotros vigilancia y prontitud, y procediendo en nuestras vidas con la misma plenitud de la esperanza, nos veamos un día recibidos por Dios, que constituye nuestro auténtico Destino de caminantes hacia la comunión de la vida eterna.

Intenciones del Papa



Mes de Enero 2021

General:

La fraternidad humana.

Que el Señor nos dé la gracia de vivir en plena fraternidad con hermanos y hermanas de otras religiones, rezando unos por otros, abriéndonos a todos.

CEE:

Por las familias cristianas, para que sean auténticas Iglesias domésticas donde se viva y trasmita el Evangelio de Jesucristo.

No olvides...



MOVIMIENTO APOSTÓLICO GETSEMANÍ
<https://movimientoapostolicogetsemani.com/>
contacto@movimientoapostolicogetsemani.com

